Pedagogía y estructura social, peticiones de un maestro rural gallego

Francisco Javier Souto Lamas lleva toda la vida formando a chavales en Galicia. Ha enseñado inglés a niños entre seis y quince años por gran parte de la geografía gallega. Ahora es director de un centro público integrado —donde se imparte desde Educación Infantil hasta Secundaria— pero espera volver a la docencia a finales de año. Este maestro de escuela conoce el escenario rural muy bien. Es un entorno que, para los profanos, puede evocar paz y lentitud, pero que para él es sinónimo de trabajo, mucho trabajo.

De su rutina dice que es «de todo menos predecible». El centro que dirige se ubica en una capital de comarca, A Cañiza, de cerca de 7.000 habitantes localizada en la media montaña, en la provincia de Pontevedra. Podría parecer que, al ser un centro ubicado en un entorno poblado, los problemas del entorno rural pudieran serle ajenos a los profesionales de esta escuela. Nada más lejos de la realidad porque en este centro también se escolariza a alumnos de sitios «muy distantes y muy variados», como la sierra o las proximidades del río Miño. Algunos de estos son lugares «francamente aislados» donde el contacto con la naturaleza no tiene nada de bucólico, sobre todo en invierno. Todo esto, que pudiera parecer obvio así planteado, le afecta a Francisco Javier de especial manera debido a que su labor como director está muy relacionada con la logística —transporte, comedor— del centro. «Muchas veces los equipos directivos de un colegio rural, además de dedicarse a las tareas educativas, tienen que dedicarle mucha atención a los servicios complementarios», concreta. «Quizás en los centros urbanos esto se note menos», pero en el campo marca la agenda de la semana. A esto se le añade que los padres, cuyos trabajos están relacionados con el sector primario, suelen condicionar los horarios del profesorado, especialmente en Infantil y Primaria. «En el entorno rural les es muy difícil respetar las horas de atención a padres y vienen en el momento que pueden». Gajes del oficio.

El escenario todavía es determinante

A ojos de nuestro entrevistado, las diferencias entre los escenarios urbano y rural no están tan acentuadas como hace años, pero todavía son determinantes, en concreto, en lo referente al concepto de formación que puedan tener las familias de uno y otro entorno, además de las fuentes culturales y de divertimento. «El entorno urbano le da mucho más valor a la formación. También hay más competitividad y más acceso a cines, bibliotecas, y diferentes actividades extraescolares —deportivas, artísticas, culturales—. En el entorno rural todo esto es más difícil». A esto se le añade, según Francisco Javier, que las familias no valoran tanto «el éxito educativo en sus hijos porque tienen otros intereses, otras prioridades». No obstante, desde hace unos quince años y gracias a Internet, la situación ha sufrido un cambio exponencial. A mejor.

Y es que, antes de Internet estuvo la televisión, de la que Francisco Javier dice que resultó ser un «exceso» porque fue una época —«y aún sigue pasando»— en la que incluso en los dormitorios podía encontrarse un televisor. Sin embargo, la verdadera revolución parece haber llegado de la mano del acceso a la Red en las escuelas, que ha ampliado el abanico de opciones de muchos alumnos. «Conocen más mundo, ven más posibilidades de futuro. Antes, la única profesión que se planteaban fuera del entorno agrícola y ganadero era enfermería o albañilería. Ahora, y debido también al hecho de que hay institutos con ciclos formativos, las nuevas generaciones están más protegidas e informadas».

¿Qué queda del maestro rural?

Pero no solo los avances tecnológicos, también las mejoras en las carreteras comarcales han ayudado a que las dificultades se diluyan, lo que se ha traducido en un mayor acercamiento de sitios considerados, hasta el momento, aislados —aldeas de la sierra, pueblos de la costa— a las dinámicas socializadoras promovidas por ayuntamientos y centros escolares. Entonces, ¿qué queda del maestro rural que puebla el imaginario colectivo? Nuestro entrevistado cuenta que poco. «La mayoría de los maestros viven en ciudades cercanas. Son pocos los que viven en el entorno escolar». Pone como ejemplo su centro, localizado a medio camino entre Vigo y Orense. En él, de un claustro de sesenta y dos profesores, apenas cuatro viven en el pueblo. Esta situación se da, según Francisco Javier, en gran parte de las zonas rurales de Galicia, por lo

que la mayoría de los profesores viven en ciudades. A esto se le añade el acceso a las nuevas tecnologías y a los centros de formación que intentan fomentar la formación continua del profesorado, lo que garantiza que apenas haya diferencia entre un profesor de ciudad y otro rural. «La visión bucólica ya no tiene razón de ser, no es demasiado real», sentencia.

Sin embargo, existen excepciones. Francisco Javier nos cuenta sobre su época de profesor en una aldea de la sierra —Chandrexa de Queixa—. Recuerda de la experiencia su dificultad; esta radicaba, principalmente, en los problemas de desplazamiento, agudizados en época de nieve por el hecho de hallarse en una zona de población dispersa. Que acudieran a clase todos los alumnos era lo más parecido a un milagro —o una heroicidad—. Casos más extremos de aislamiento —como el que comenta Francisco Javier, en el que un niño pequeño hablaba de sí mismo en tercera persona— son, a día de hoy, rarezas camino de la extinción.

Francisco Javier Souto en un aula de Infantil del centro que dirige en A Cañiza (Pontevedra)

Organización escolar

«En el pasado era todo mucho más difícil porque, a veces, el transporte no llegaba a pueblos muy aislados. En esos casos el colegio no funcionaba como centro de educación, sino como centro de relación». Lo que nos lleva a preguntarnos por la evolución de la institución educativa en este escenario tan especial. Tal y como nos precisa este profesor, «en el entorno rural antiguamente había escuelas unitarias que constaban de un edificio con una habitación muy grande donde se le daba clase a los niños». Eran los tiempos de la educación segregada por sexos, medida desterrada de la educación pública en nuestros días. No obstante, «aún existen escuelas unitarias en zonas determinadas», recuerda, «pero no suele ser lo normal».

Fue a partir de la década de los setenta que comenzaron las agrupaciones escolares, conocidas como Colegios Rurales Agrupados (CRA), «agrupaciones de escuelas unitarias de una determinada zona que comparten la dirección, coordinan parte del profesorado y también coordinan el presupuesto con el objetivo de mejorar la gestión de los recursos».

El problema, tanto de las escuelas unitarias como de las agrupaciones escolares, según nuestro entrevistado, radica en su mantenimiento ante el creciente panorama de despoblación de las aldeas, lo que nos lleva a la última fórmula denominada grupo escolar — de Infantil y de Primaria— «que se caracterizaría por ser un edificio mucho más grande, del estilo de cualquier colegio que puede encontrarse en un entorno urbano, con su número de aulas determinadas, su comedor, sus bibliotecas, sus zonas de recursos, y con un profesorados fijo». «Este modelo, que se hizo para toda España, en Galicia se podría haber pensado de otra manera» debido, entre otras cuestiones, al elevado coste del transporte escolar. Aún así, las ventajas —profesores especializados en determinadas materias, actividades extraescolares— en comparación con los centros unitarios siempre han compensado el gasto.

Formación y apoyo institucional

Francisco Javier dirige lo que se conoce como Centro Público Integrado (CPI) que, además de Educación Infantil y Primaria, también imparte Secundaria, una especie de grupo escolar, solo que más grande. Aparte quedan los institutos —con Educación Secundaria y Bachillerato— y los cursos de Formación Profesional (FP), localizados en núcleos más poblados. «Los colegios han dejado de ser solo colegios», comenta. «En nuestro centros tenemos ahora a las trabajadoras sociales, tanto del Concejo como del Centro de Salud, que trabajan con nosotros, los profesores, de una manera coordinada». Profesores, psicólogos y trabajadores sociales implicados en una causa común: el futuro pedagógico de sus alumnos. Le pregunto qué echa de menos. Una mayor «plurifuncionalidad» de los centros escolares, responde; «porque nosotros en el colegio detectamos problemas familiares graves que se escapan un poco a nuestra labor como meros formadores del alumnado, pero no a nuestra labor ciudadana». Es por esto que demanda la inclusión, de manera institucional, de ciertos servicios sociales en el entorno escolar —como asistencia familiar, psicólogos o trabajadores sociales—. «Hacen falta profesores», dice, y detecta alarmantes deficiencias en la formación, sobre todo en el apartado de motivación del profesorado. «A la formación continua todavía le falta por desarrollarse plenamente», un síntoma que también detecta en las familias para las que también sugiere cierta orientación —desde el ayuntamiento, desde las escuelas— sobre cómo educar a sus hijos. Sabe que es un deseo un tanto utópico. Aún así, Francisco Javier se permite soñar un poco y admite no poder quejarse. De un tiempo a esta parte, la Administración se ha volcado con las nuevas tecnologías en las escuelas pero ahora les toca a ellos, a los maestros, enseñarles a los alumnos qué hacer con toda esa información. Pedagogía y estructura social, no está mal como reto. ▮

Coordina: Elisa G. McCausland